

Capítulo 33 — Luces pálidas

Ella podía sentir las miradas sobre ella mientras caminaba por el pasillo.

Susurros y miradas, sonrisas irónicas y anticipación. La noticia de la exoneración de Song del asesinato de cuatro estudiantes había recorrido Scholomance como un águila en círculos, primero como rumor y luego como hecho. Cada cliente de la brigada en Tolomontera había sido instruida para reportar los hechos según una investigación formal, y en buena sintonía, cuatro cábilas fueron disueltas rápidamente y sus responsables transferidos. Según lo que escuchaba Song, lo que se hizo "oficial" en realidad había reducido el interés, ya que la verdad parecía mucho tiempo en comparación con algunos rumores.

Hasta que comenzó a circular la noticia del desafortunado encuentro del profesor Kang, el cual avivó nuevamente el escándalo.

Las otras cábilas llevaban días cuchicheando sobre el inminente enfrentamiento, apostando como si fuera una pelea de perros. Desde la puerta hasta la siguiente, en esta última sala, solo era un camino recto sin obstáculos, pero el final parecía haber llegado rápidamente, casi sin aviso. Song hizo una pausa antes de cruzar el umbral, inhalando profundamente. No era duda, sino simplemente recuperar el aliento.

Tristán se interpuso con naturalidad entre ella y un par de mirones, manipulando su pistola y ocultando su rostro como si fuera un accidente. Song disimuló su sorpresa—habían llegado a algo parecido a una tregua en la última semana, pero la cordialidad era solo una capa que se volvía más delgada cuando Maryam no estaba presente.

No mostró agradecimiento ni él, lo cual facilitó su aceptación.

Alzando la barbilla, Song se obligó a atravesar el umbral. La cripta casi parecía mejor iluminada de lo habitual, con linternas colocadas a los lados, pero en esencia, era igual. Filas de pupitres y columnas, una galería de cadáveres disecados y vitrinas, y al frente, en el estrado, el escritorio y—vaya. Una mujer alta, de piel oscura y ojos y cabello castaño recogido en nudos, rodeados por bandas doradas en la base. No se veía a Yun Kang.

Song caminó hacia el escritorio habitual casi en un trance, apenas notando cómo se unían los demás en silencio. Solo pasaron cinco minutos antes de que entraran los últimos alumnos y la profesora se levantara del escritorio.

—Tú, en el asiento junto a la columna—dijo, señalando a una Someshwari regordeta—. Cierra la puerta.

Se volvió hacia el aula sin verificar si estaban siguiendo sus instrucciones.

—Pueden llamarme Profesora Cence—dijo—. Como la profesora Kang aún no puede caminar sin ayuda, estaré impartiendo esta clase en su lugar.

Hubo una pausa para que esa información se asimilara.

—Debe regresar la próxima semana—añadió—. Si no, probablemente volveré yo.

Los susurros comenzaron a zumbar como una colmena recién perturbada. La cantidad de miradas que se dirigían a la nuca de Song parecía presionarla contra su cuero cabelludo. Una mano se levantó desde el fondo, recibiendo el permiso de la profesora Cence para hablar.

—¿Es cierto que intentó hacer que un estudiante muriera?

Song se giró, y descubrió que no reconocía a quien había hablado, un chico Izcalli sin contrato para revelar su nombre. Increíblemente, el peso de las miradas creció aún más. Incluso la profesora lanzó una mirada hacia ella antes de volver a enfocar su atención en el alumno.

—Acusar a un miembro de la Guardia de un crimen sin pruebas suele valer un azote—dijo la profesora Cence con suavidad, ajustándose el cuello de su uniforme—. Dado los rumores, te perdonaré esta vez. Pero no habrá una segunda oportunidad para ninguno de ustedes.

Eso eliminó cualquier valentía que los estudiantes pudieran haber sentido inclinada a tener. El profesor de piel oscura no perdió tiempo y se dedicó de inmediato a las lecciones, retomando donde Kang las había dejado. Song se sintió un poco engañada por el hecho de que ella no fuera una conferencista tan interesante como el hombre que intentaba matarla, aunque la ausencia de preguntas constantes en su dirección compensaba mucho más que eso.

La Tianxi se encontró ignorada las primeras dos veces que levantó la mano para responder a una pregunta abierta a la clase, como si el Profesor Cence corrigiera en exceso a su predecesor, pero se le permitió explicar el proceso por el cual las cosechas crecen en tierras cubiertas de Gloam—la skotosíntesis, alimentándose de la oscuridad—y recibió un asentimiento aprobatorio por ello. Song no volvió a levantar la mano durante el resto de la clase, incluso tras el descanso de quince minutos que separó las dos sesiones.

Parte de ella crujió ante lo que venía, pero era necesario y también fruto de su diseño. Todavía esperó hasta que salieron por las puertas de la Scholomance, por puro pragmatismo.

“Aquí funcionará,” dijo en silencio Song.

Maryam asintió bajo su capucha mientras Tristan mostraba una sonrisa demasiado aguda. Era el único de los tres que disfrutaba de aquello, cuando estallaron en una fuerte discusión—Song acusándolo de robar fondos de la brigada, él alegando que ella estaba maldita y Maryam intentando mediar durante unos momentos antes de ser llamada medio vacía y unirse al altercado. Era ruidoso, feroz y completamente humillante formar parte de ello, pero cumplió con su propósito: decenas de personas vieron cómo Tristan intentaba pegarle y fue retenido por Maryam.

Había habido suficientes testigos, decidió Song después de que se marcharan, de modo que para la tarde, cuando asistiera a clase en las Galerías, los rumores ya se habrían difundido. Lo suficiente para que Ramona creyera cuando ella le propusiera vender a Tristan Abrascal al Cuadragésimo Noveno.

—

Tristan Abrascal dormía como si intentara enterrarse en la tierra, incluso cuando estaba drogado. Encogido sobre sí mismo, como si tratara de apretarse entre las grietas del mundo. Song comprobó su pulso, con los dedos permaneciendo un momento más de lo habitual por respeto a su aversión a que lo tocaran, y se retiró con una afirmación satisfecha. La mezcla y la dosis eran obra del ladrón, pero había pedido que ella verificara su pulso de vez en cuando para asegurarse de no haberlo matado accidentalmente.

El latido del corazón no se estaba desacelerando ni debilitando, así que, según sus observaciones, estaría bien.

Song lo dejó en su rincón, detrás de las cajas, y volvió a subir por la escalera hacia la luz pálida del Oratorio. El santuario que había escogido como punto de encuentro era pequeño, apenas del tamaño de la cocina de la cabaña y de sólo dos pisos de altura. La ventaja era que la puerta había sido tapiada, de modo que solo podía accederse subiendo con una cuerda al tejado y bajando una escalera al interior. Lo que aún venía siendo más útil era que el tiempo había destruido todo alrededor del santuario extraño y vacío durante dos manzanas, dándole un campo amplio y defendible. Song se acostó en el tejado, apretando su abrigo mientras esperaba con su mosquete cargado.

Todo lo que quedaba era esperar, y al yacer allí sola, su cabeza se llenaba de pensamientos demasiado numerosos. En lugar de dejar que divagara, se obligó a recorrer una vez más el plan.

Solo considerando la fuerza marcial, enfrentarse a los Cuadragésimo Noveno no era excesivamente complicado.

Dado que Song fue quien organizó la reunión, solo necesitaba escoger un buen puesto rodeado de terreno abierto, dejar que pasaran el punto de no retorno y luego tender una emboscada. Muchen He era la verdadera amenaza entre la brigada, por lo que abrir la pelea con una escaramuza que le incapacitaran con municiones de sal era imprescindible. Quedarían cuatro: la capitana Ramona, Tengfei Pan, Huang Pan y Fara.

Huang Pan era un sabio, con sobrepeso y sin las durezas de un combate. Como guerrero, era una nula más allá de su capacidad para accionar el gatillo. La mujer malani, Fara, había sido algo desconocida hasta que Song investigó y descubrió que formaba parte de la Sociedad Arthashastra. Según Zenzele, experta en historia, capaz de luchar pero no de ser una combatiente activa y sin contrato. Amenaza marginal.

Ni Ramona ni Tengfei serían tan fáciles de manejar, ambos formados y en buena forma física.

El decimotercero corría el riesgo de perder ese enfrentamiento de cuatro contra tres, y aunque ganaran, las probabilidades de que alguien muriera eran inaceptablemente altas. ¿Y si buscaban ayuda? Song pensaba que solo Angharad sería capaz de recorrer a través del barrio cuarenta y nueve si Muchen quedara incapacitado. Si ella contactaba la Treinta y Uno en general, de emboscada, el resultado ya estaba decidido.

La complicación que evitaba eso era, irónicamente, su peor combatiente: Huang Pan.

Para rastrear, Song consideraba el contrato promedio de su compañera Tianxi. La Flor de Ciruela de Seis Caras le había otorgado a Huang la capacidad de divinar si una entidad específica, objeto, ser vivo o divino, se encontraba en alguna de las direcciones cardinales. El alcance de esa habilidad era de nueve li, la antigua medida cathayana que equivale a poco menos de tres millas. Debía tratarse de una deidad realmente antigua, para que no usara las escalas imperiales. O al menos uno cuya adoración hubiera alcanzado su apogeo antes del Segundo Imperio.

Independientemente de ese interesante detalle, hay que decir que cazar a un prófugo con el contrato de Huang Pan era útil, aunque en la práctica seguía siendo inferior a un sabueso bien entrenado. Como herramienta de exploración, sin embargo, se convertía en un dolor de cabeza. Para encontrar a los cuarenta y nueve, Song tuvo que determinar un lugar de encuentro, lo que implicaba que después podrían pedirle a Huang que usara su contrato en ese sitio.

Luego él podría confirmar si algún miembro de su grupo se encontraba allí, que, en ese caso, tendría que ser Tristan. Nada de todo eso habría sido posible sin su presencia, y por tanto, sin su consentimiento.

Ahora, suponiendo que la capitana Ramona no fuera una tonta — y Song no la creía así — también haría que Huang verificara posibles amenazas con las que la Treintena pudiera tener relaciones, como, por ejemplo, Angharad Tredegar o Ferranda Villazur. Incluso Tupoc, que en alguna ocasión se había enfrentado a un conflicto entre sus grupos. Si los descubrían, la cuarenta y nueve simplemente se retiraría y todo el plan se desplomaría desde el inicio.

Eso significaba que las únicas dos personas que podrían estar allí eran Song y Tristan, este último prisionero. Como la confianza entre ella y el equipo de la cuarenta y nueve era lógicamente escasa, Song exigió que solo dos de ellos se presentaran a recoger la mercancía; cualquier más facilitaría demasiado una traición en el último momento, simplemente quitándole a Tristan. No era como si la capitana Ramona le pagara ni un cobre si ella pudiera evitarlo.

Por supuesto, Muchen He, respaldado por Ramona o Tengfei, todavía podía derrotarla en combate si lograban acercarse lo suficiente. Pero Song sabía que ninguno de los dos iría.

A través del campo abierto, Song divisó a Muchen He acercándose con una figura encapuchada lo bastante delgada como para que fuera Fara, y sonrió con una expresión dura.

Como ella había anticipado. Si Tengfei llegaba con Muchen, Ramona temería que ellos buscaran rodearla y vender a Tristan por su cuenta para devolverle el mando a Tengfei Pan. Solo si Ramona venía con los Skiritai, ella arriesgaba que Tengfei obtuviera apoyo de los otros dos para traicionarla desde atrás en su lugar. La llegada del capitán Lierganen a Song dejó una evidencia clara: su

control sobre su grupo era débil, y si no lograba una victoria, Tengfei la reemplazaría nuevamente.

Era algo alentador para Song reconocer que su brigada no era la única sumida en conflictos internos.

Song no permitió que el cañón de su mosquete asomara por encima del borde mientras evaluaba los vientos, observaba los remolinos de fuerza en el aire con los que tendría que lidiar para disparar a Muchen He en la cabeza. Su dedo nunca tocó el gatillo, pero era una sensación tranquilizadora saber que podía arrebatarse la vida en un instante si así lo deseaba. Solo cuando estaban a menos de cien pies de distancia, llamó.

“Manos al descubierto,” dijo Song. “Sin movimientos bruscos.”

“Venimos en son de paz, Capitán Song,” replicó la figura encapuchada.

La voz le confirmó que se trataba de Fara. Bien, Song podía enfrentarse a ella si la situación llegaba a requerirlo, incluso con espadas.

“Estoy segura de que sí,” dijo ella. “Hazlo de todos modos.”

En la oscuridad, Muchen parecía amused y algo aprobador. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para no necesitar raising sus voces, fue él quien preguntó cómo llevarían a cabo el intercambio.

“Lo tengo aquí,” dijo Song. “Fara subirá para ayudarme a sacarlo.”

“Ramona insistió en que lo sometieran a una prueba,” respondió Muchen.

“¿De qué?”

“De estar despierto y de que no se trata de una trampa,” explicó el otro Tianxi. “Prueba sencilla con aguja, nada inhumano.”

Song hizo una pausa fingiendo considerar la propuesta, aunque ya sospechaba que querían algo similar y se preparaba para ello. Había una razón por la que Tristan estaba drogado.

“Está bien,” finalmente aceptó, “pero hay un cambio en los planes.”

“Solo te daré un tercero,” resopló Fara. “El capitán dejó eso bien claro.”

“Y eso es lo que quiero obtener,” contestó Song con firmeza. “Iré contigo hasta el puerto para asegurarme de que realmente reciba esa cantidad.”

“Eso no era lo acordado,” dijo Muchen.

“Es lo que se ofrece,” respondió Song con frialdad. “Toma o déjalo.”

Hicieron aspavientos e intentaron discutir, pero en el fondo todos sabían que el Cuarenta y Nueve se rendiría. Estaban demasiado involucrados y su demanda no era irracional.

Diez minutos después, los tres —transportando a un cuarto— se dirigían hacia el sur. Cuando se unieron al resto de la brigada, fueron recibidos por Tengfei Pan, que apuntaba un revólver hacia su cabeza.

“Maravilloso,” dijo él. “Un tercio del botín acaba de devolvernoslo de inmediato.”

Qué pérdida de un rostro tan atractivo, pensó ella. Lanzó una mirada rápida a Ramona, cuya rostro afilado y lleno de cicatrices permanecía inexpresivo.

“Mis condolencias,” dijo ella, al menos en parte sincera.

Tengfei gruñó, pero Muchen le bajó el brazo.

“Piensa,” dijo el otro con tono plano. “Ha sido meticulosa y cautelosa hasta ahora; ¿realmente crees que llegó hasta nosotros sin planes de contingencia?”

La canción deliberadamente ignoró a Tengfei, sabiendo que eso lo enfadaría más que cualquier cosa que ella pudiera decir. La irrelevancia era el lodazal en el que él se veía ahogado.

“Vengo a asegurarme de que mi parte se divida correctamente,” le dijo a Ramona. “¿Continuamos, o primero necesitamos consentir otra rabieta?”

“No lo sé,” meditó la capitana Ramona, tocándose la barbilla. “Teng, ¿tienes otra en ti?”

Él no la tenía.

--

El comercio de la carne, aprendió Song, era un negocio próspero.

Se escondían en un almacén de alcantarillas junto a los muelles, Tristan arrojado sin ceremonias detrás de un montón de escombros. Tengfei Pan fue enviado al palmerano, deslizándose por una parte derruida del muro y regresando quince minutos después con el capitán de la carabela. La alta mujer someshwari tenía más de cincuenta años, pero aún conservaba una piel lisa y un aire juvenil, reforzado por su anillo de oro en la nariz y su larga trenza. No se presentó, pero eso no lo necesitaba, ya que Chameli Kalra tenía un contrato con la Serpiente Matrimonial de Seis Pliegues, por lo que su nombre se colgaba en letras doradas sobre su cabeza.

Conseguir domar a otros con solo un toque, reflexionaba Song, era un poder temible, pero el precio de la capitana Chameli era desagradable: un goteo de veneno, alimentado directamente a su vientre. Incluso la inmunidad a la recurrencia solo la ayudaría un poco con eso.

“¿Este es entonces el muchacho?” preguntó la capitana Chameli con franqueza.

“Lo es,” respondió Ramona. “Y también drogadicto. ¿Song?”

“Tomó una dosis completa de mafeisan,” mintió ella. “Debería estar fuera por al menos otra hora.”

En realidad, Tristan debería estar despierto ya. La leche de amapola debería haberse disipado en el camino, según la dosis que él mismo había medido.

“Eso simplifica las cosas,” dijo la capitana con aprobación. “Debemos ser cuidadosos: algunos galones atracaron hace una hora y expulsaron a cien marineros, lo que despertó a los guardias del puerto.”

“Tenemos que moverlo esta noche,” dijo Ramona. “Cuando desaparezca, la gente buscará.”

Sus ojos parpadearon hacia Song, quien encogió los hombros.

“Tengo en mano a los cabalistas, pero nuestro mecenas es un sabueso,” dijo. “Vendrá a olisquearlo.”

La capitana Chameli gruñó.

“Nunca dije que no lo hiciéramos esta noche,” replicó. “Solo que primero necesito que uno de mis chicos traiga un barril. Lo haremos parecer que es un suministro de agua.”

“Eso depende de ti,” dijo Ramona. “Nosotros hemos cumplido con nuestro parte del trato.”

Ella levantó la mano, frotando el pulgar y el índice. La someshwari bufó.

“Te pagan cuando él esté en camino, no un momento antes,” dijo. “Espera aquí.”

Esperaron en un silencio tenso mientras la someshwari se alejaba, desapareciendo en la oscuridad. Aunque hablar tan cerca de los muelles no fuera un riesgo, Song sospechaba que habrían permanecido en silencio de todas formas. Podía sentir la tensión en el aire, como un resorte que se tensa. Para el cuarenta y nueve, esto era el fin de un largo y accidentado viaje.

Lo cual era bastante cierto.

La capitana Chameli volvió, más rápida que la última vez, con una bolsa de satchel en mano, cargada por un hombre azteca de barba espesa y brazos como anillas de hierro. Traía un barril de madera, que colocó en el suelo sin siquiera un gruñido.

“¿Dónde está la carne?” preguntó.

Se le señaló a Tristan, y resultó angustiante lo fácilmente que el marinero lo levantó y metió en el barril con su cuerpo. La capitana someshwari proporcionó una tapa con dos orificios para respirar, que el marinero colocó con un golpe. Luego levantó el barril de forma experimental, mostrando por primera vez alguna tensión, y lo depositó nuevamente.

“Puedo,” le dijo a su capitán. “Pero no a paso rápido.”

“Está bien,” gruñó la capitana Chameli. “Pásele en marcha.”

Eso había desconcertado a la Cuadragésima Novena, varios alcanzando las armas, hasta que la mujer mayor rodó los ojos ante ellos. Lanzó la bolsa de satchel a los pies de Ramona.

“La moneda está allí,” dijo. “Me quedaré hasta que terminen de contar.”

La estudiante Lierganen se arrodilló y abrió las hebillas, todos — incluso Song — inclinándose para mirar el interior de la bolsa de cuero. Lo que encontró fue una pila de rollos con las monedas de oro más grandes que había visto, que Ramona empezó a retirar. Extendió la mano y Huang le entregó una, quien luego se estremeció cuando Tengfei lo miró con furia. Ignorando el intercambio, Song probó el peso y estudió las monedas. Diez por rollo, más grandes incluso que las más grandes monedas del Someshwar Imperial.

Estaban selladas con la imagen de un espeso matorral de olivos en un lado y un grifo enroscado en el otro, revelando sus orígenes sacromontanos. Esto eran, Song se dio cuenta de repente, selvas. Monedas de tributo, así las llamaban, ya que estaban acuñadas para valer cinco monedas de ramas doradas y eran inútiles para el uso diario. De la moneda de Sacromonte eran las monedas más raras, ya que, a pesar del nombre, los tributos que se pagaban a la ciudad solían ser en lingotes en lugar de monedas reales.

Había diez rollos en su interior, lo que significaba que a la Cuadragésima Novena acababan de entregarle una suma de quinientas ramas. Eso era el ingreso anual de un comerciante acaudalado, pensó, o un aristócrata con una propiedad respetable. Era, calculó un latido después, más de la mitad de lo que recibiría una brigada de cuatro durante todo un año en Scholomance. Dioses, no es de extrañar que hayan estado dispuestos a arriesgarse tanto. Incluso algunos de los príncipes pensarían dos veces por tal suma.

Hubo un golpe cuando un rollo fue arrojado a sus pies, luego otro.

“Aquí,” dijo Ramona. “Como acordamos, un tercero.”

No, casi dijo Song. Contando el rollo que ya tenía en la mano, deberían quitarse aproximadamente tres monedas de otro rollo y proporcionar dos plateadas desde otro lugar. Aproximadamente. Por otro lado, por las miradas frías que le lanzaban los cabalistas de la Cuadragésima Novena, sospechaba que jugar con esa suerte terminaría mal. En cambio, guardó el rollo que sostenía en su bolso de cinturón y se agachó para añadir las otras dos.

Estaba demasiado lleno, con una parte de un rollo asomándose, lo que casi resultaba obsceno.

“¿Terminaste?” preguntó secamente la capitana Chameli.

“Sí,” dijo Song. “¿Ramona?”

“Ya todo pagado,” respondió la mujer Lierganen. “Un placer hacer negocios contigo, capitán.”

“Claro,” refunñó la Someshwari. “Si nos encontramos otra vez, no te reconoceré.”

Sin siquiera un gesto, Chameli Kalra se volvió para mostrarles un par de tacones limpios y se marchó. La vieron desaparecer en las sombras de la calle.

“Bueno,” meditó Ramona, “no todos pueden ser encantadores.”

Un resoplido de Fara.

“Volvamos,” gruñó Muchen. “Quédate aquí es un riesgo.”

“De acuerdo,” dijo Song, poniendo más sentimiento.

Tomó la delantera, dirigiéndolos hacia la Calle Coatl — a la derecha del pasaje a través del Triángulo que habían tomado para llegar a los muelles, aunque de longitud similar. Ninguno objetó, aunque el ritmo que impuso fue lo suficientemente rápido como para que tuviera que reducirlo para que Huang, jadeando, pudiera alcanzarla. La irritación se le acumulaba, por lo que no los dejó pasar delante de ella, salvo la capitana Ramona, que permaneció a su lado. Aun así, llegaron a tiempo al lugar.

Las miradas de Song se fijaron en persianas moteadas de rojo, que parecían a un movimiento de la brisa dura de caerse de sus bisagras. La esquina de la Calle Coatl y la Calle Lippy, la puerta junto a las persianas rojas encorvadas. Esto era todo.

—Bueno,—dijo Ramona alegremente,—esa fue una noche productiva, ¿verdad?

Un preludeo a su despedida.

—Aún no ha terminado,—respondió Song Ren.

Con un gesto suave, sacó su pistola y disparó a Muchen He en la parte trasera de la rodilla. Los Skiritai son Skiritai, así que detectó el movimiento—y aunque no pudo moverse lo suficientemente rápido, un brazo de porcelana emergió para cubrir su rodilla. La munición de sal atravesó el brazo como si fuera papel mojado, salpicando la sangre y fragmentos de hueso en el suelo.

Hubo un momento de absoluta quietud, como si nadie más pudiera creer lo que ella acababa de hacer.

—¿Qué demonios—comenzó Ramona, pero entonces la puerta se abrió de golpe y el caos reinó.

Un destello de oscuridad golpeó a Huang Pan por un costado, su manga se prendió con llamas negras y aceitosas, mientras Tupoc saltaba desde la puerta con un grito de júbilo—su lanza segmentada relucía bajo la luz. Song arrojó su pistola, alcanzando su espada, mientras la capitana Ramona desenfrainaba la suya, Tengfei Pan exclamó sorprendido cuando alguien arrojó algo que sonó como una piedra contra su cabeza.

Fara recibió un hachazo hábilmente lanzado en la pierna, y Maryam salió de la misma callejón donde se encontraba el señalizador de Tupoc.

—Ren,—gruñó Ramona,—maldito seas—

Se movió al hablar, agitándose con violencia, y el labio de Song se curled con desprecio. Perder la cabeza no era forma de mantenerla. Retrocedió un paso, cediendo terreno, y Ramona volvió a balancear su arma—Song atrapó su muñeca con la mano libre, jalando su figura ya extendida hacia adelante. Ella rompió la guardia de Ramona en la nariz, destrozando algo y cortando sus mejillas.

Ramona retrocedió tambaleándose, gritando, y Song le dio una patada en el estómago. La hizo tropezar, y mientras caía, Song se acercó con calma, manteniendo un ojo en el resto del combate. Tengfei había sido derrotado por alguien, probablemente Tupoc, pero el Izcalli apretaba la lanza contra la garganta del herido Muchen. Maryam había necesitado ayuda de los Descartables para derribar a Fara, pero ya lo tenían controlado, y Huang Pan se encontraba arrodillado con las manos detrás de la cabeza.

Ya no estaba en llamas, al menos.

—Se ha terminado,—dijo Song, empujando la espada fuera de la mano de Ramona.

La capitana intentó alcanzar su pistola, pero esta vez la bota de Song golpeó su barbilla con fuerza. Ella tragó un grito y no volvió a intentarlo. Maryam, con el capucho bajado y un hacha ensangrentada en mano, se acercó a ella.

—¿Es ella la capitana, entonces?—preguntó.

Song fue demasiado lenta para responder, otro reemplazándola en sus pasos mientras los Cuartos aseguraban a los heridos del Cuarenta y Nueve.

—La misma,—dijo Tupoc con tono burlón,—pobre noche tiene nuestra amiga, la capitana Ramona.

Song se arrodilló junto a ella, el rostro ensangrentado y lleno de odio del Lierganense. Ella escupió.

—Lo arruinaste todo,—jadeó Ramona,—todo era un trato justo, la rata por el oro, y tú solo—

—Todos son libres bajo el Cielo,—respondió Song con frialdad,—hemos matado reyes para enseñarle esa lección a Vesper, Ramona. ¿De veras pensaste que borraría esa regla por unas monedas?

—Ugh, ahora esto suena todo santurrón,—dijo Tupoc, apoyándose en su lanza y frotándose la mano frente a la cara,—¿no tienen la decencia de torturarla en lugar de eso?

La ignoró.

—El almacén con nuestros objetos —dijo Song—. ¿Dónde está?

—Que te jodan —balbució Ramona con voz jadeante—. ¿Qué vas a hacer, hi—

Antes de que Song pudiera siquiera responder, Maryam sacó su hacha y la clavó en el pie de Ramona; hundiéndola entre dos dedos y apretando hasta tocar el hueso, mientras la joven Lierganense gritaba con afonía en la noche. La izvorica, con ojos glaciales, la arrancó con fuerza, provocando el segundo grito.

Un momento de silencio, seguido de una carcajada baja de Tupoc.

—Eso fue por mi cuenta —confesó—. No pensé que Khaimov estuviera escuchando.

Volvió a ser ignorado.

—Tristán sigue en el barco —dijo Maryam con serenidad—. No voy a perder tiempo siendo amable, maldito traficante. Si quieres entrar a la tutela de la Guardia con las extremidades aún intactas, responde la maldita pregunta.

Ramona, temblando de dolor y sangrando, levantó la vista hacia Maryam Khaimov y solo vio hielo reflejado en su mirada. Volvió a temblar. Song guardó silencio cuando la mirada volvió a ella, simplemente levantando una ceja.

—Farsa sin alma —escupió, luego apretó los dientes y se volvió hacia Song—. Septim Street, a unos minutos al este del taller de los reparadores. La casa con techo verde, las cosas están en el sótano.

La mano de Maryam volvió a levantarse.

—Eso es todo lo que sé —resopló Ramona.

La izvorica miró la otra pierna, pero Song captó su mirada y negó levemente con la cabeza. Una cosa era usar la violencia como parte de un interrogatorio, otra muy distinta, jugar con una prisionera. Maryam gruñó, luego se inclinó para limpiar su hacha en la ropa de Ramona. La joven Lierganense se estremeció, en parte porque la otra mujer eligió hacerlo a un pulgada de su cuello.

—Una vez más, el Tianxi arruina todo —se quejó Tupoc—. Podrías haber dejado que le diera en la otra pierna, al menos, para que coincidieran.

Reconociendo, con cierta vergüenza, la lógica de la sugerencia, Song pensó por un momento en la simetría. En lugar de eso, se levantó y se sacudió el abrigo.

—Habrán oficiales de la guarnición esperándonos en Regnant Avenue —dijo—. Solo necesitamos que uno confiese para tener motivos para registrar la carabela.

Con un destacamento completo de guardias armados, que arrestarían a todos los navegantes en ese maldito barco en cuanto encontraran a una estudiante presa en su interior. Tendrían que pasar unos días en la cárcel, antes de que la Guardia los fusilara y la mercancía del Palmyran fuera confiscada.

—Primero prueba con la Malani —sugirió Tupoc—. Ya pagó con Lady Knit, hará cualquier cosa por evitar repetirlo.

Eso, por desagradable que fuera, era posiblemente un buen consejo. Song abrió la boca para responder, cuando un alboroto a lo lejos la interrumpió: algunas calles más abajo, las linternas comenzaban a encenderse en los muelles y los gritos resonaban sobre los adoquines.

—Song —dijo Maryam con urgencia—, ¿qué está pasando?

Maldita sea —pensó Song—, sus ojos plateados bajando entre islas de luz de linterna para ver qué aventaba los gritos de los hombres.

—El Palmyran intenta partir con Tristán a bordo —susurró—. Tupoc, lleva a los prisioneros a la Guardia y diles que debemos movernos ahora.

La Izcalli levantó una ceja mientras alcanzaba su mosquete.

—¿Y qué piensas hacer tú? —preguntó.

—Detenerlos —dijo ella, y comenzó a correr.

--

Tupoc no solía escuchar órdenes sensatas, así que a Song no le sorprendió que ignorara las suyas y la siguiera por la calle, con Maryam detrás. La sorpresa fue que se dignó a ordenar a Alejandra Torrero que hiciera lo que Song le había pedido antes de partir.

La verdadera ofensa era que ella había tenido una ventaja inicial y él todavía la adelantaba.

Fue la primera en atravesar los pilares del pacto, pero Song mejor observó lo que sucedía en los muelles. El Palymran aún se encontraba en el embarcadero más a la izquierda, pero ya se estaba alejando. Los estibadores discutían con un par de grandes marineros que desataban los nudos que mantenían amarrada la embarcación — y solo quedaba uno — pero ninguno intentaba detenerlos realmente. La carabela podía partir en cualquier momento, todo esto era muy irregular.

Ella fue la segunda en cruzar el pilar, pero se detuvo y Maryam la adelantó justo cuando sacaba su mosquete. Esperaba no tener que dispararlo esa noche — su brazo aún era frágil — pero no había tiempo para dudar. Caminando lentamente hacia adelante, tomó postura, apuntó y apretó el gatillo.

Rojo se extendió en la frente del primer marinero.

Cuando éste cayó, los estibadores se arrojaron al suelo y el otro marinero entró en pánico, alcanzando su sable mientras Song comenzaba a recargar. Limpieza, pólvora, bala, apuntar. El hombre estaba a punto de cortar las cuerdas cuando el disparo de Song destrozó su garganta. Luego, ella empezó a correr, esperando alcanzar a los demás, pero un horror se apoderó de su garganta al ver al capitán Chameli en la cubierta de la carabela, con una espada en mano — y

cortando la cuerda en su extremo.

Aún corriendo, el Palmyran empezó a alejarse de los muelles.

“ ¡No!”, gritó Song.

Estaba demasiado lejos, nunca llegaría a tiempo, pero las demás — un vistazo le indicó que también estaban cortas de alcance — Tupoc alcanzaba el extremo del muelle justo cuando la carabela se liberaba de él. Ella vio su vacilación, casi saltar, y luego retroceder. Maryam, que se había quedado atrás, estaba inclinada y murmurando cuando Song la alcanzó.

Un Signo colgaba frente a ella, pero para cuando Song estuvo lo suficientemente cerca para sentir su vibración en el aire, se había desplomado.

“Vamos”, susurró Maryam. “Vamos. Funciona.”

Ella volvió a dibujar el Signo, trazos de oscuridad aceitosa que se disiparon de inmediato. La Izvorica gritó, un humo saliendo de la punta de sus dedos. El rostro de Maryam mostraba un dolor profundo, con los ojos enrojecidos, pero aun así lo intentó una vez más.

“Funciona, maldita sea”, siseó. “Sé que puedes.”

El Signo se espesó, vibrando como un panal enojado, pero Song ya podía sentir que iba a fallar. Se sentía furioso, fuera de control. La mente de Maryam se había nublado. Cuando se rompió, lo hizo en fragmentos afilados que fundieron una tira de la manga del Significador. La Izvorica tragó saliva.

“Maryam,” dijo Song, “no puedes—”

“Trabaja conmigo,” gimió Maryam. “Por favor, solo esta vez. Trabaja conmigo.”

La súplica resonó, sonó como un campanazo en un mundo que de repente quedó en silencio.

Y esta vez, cuando Maryam Khaimov alcanzó la oscuridad, ésta se le acercó como un perro ansioso.

Sus dedos trazaron el Signo con prisa, tanto los suyos como los del otro, hasta que el Signo quedó suspendido en el aire como un obsidiana colgante — tan grande como un torso, ondulando como agua.

“Vuelve aquí”, gruñó Maryam, y golpeó su puño contra el Signo.

Pero en lugar de gritos y carne fundida, Song vio que la Gloam se desplomaba en una espiral de caracteres que se arrastraban, flotando a una pulgada del brazo de Maryam. A lo lejos, entre franjas de luz Orrery, hilos de Gloam se unieron en medio docena de torrentes de oscuridad que impactaron contra las velas del Palmyran.

Se hincharon hacia adentro, impulsados por los vientos de la Gloam, y la carabela ralentizó hasta casi detenerse por completo. Hubo gritos, que solo aumentaron en intensidad y pánico cuando los mástiles crujieron y empezaron a doblarse hacia atrás bajo la furia de los vientos - la popa de la carabela se estrelló contra el muelle con un estruendo atronador.

Entonces la Gloam desapareció, Maryam cayendo de rodillas y vomitando por toda la cubierta del muelle. Song extendió la mano hacia ella, con dudas, pero entre los vómitos la Izvorica apartó su mano con repulsión.

—Ve —se forzó a decir—. Barco.

Un grito de celebración al frente: Tupoc no había dudado en absoluto, parecía. Ella tampoco podía permitírselo.

Detrás de ella, los guardias del puerto gritaban, y se atrevió a esperar que se organizaran para asaltar el barco. Debía ganarles tiempo para llegar. Dejando a Maryam atrás, corrió hacia el borde del muelle. La carabela no era un barco grande ni alto, pero seguía siendo demasiado alto para saltar y alcanzar la cubierta. Tuvo que escalar las cuerdas de la popa, oyendo en la cubierta superior el disparo de una pistola y el grito de dolor de alguien.

Cruzó el borde para encontrarse con una espada que se movía hacia ella, y cayó hacia adelante al ser atravesada en el aire. Se lanzó contra la pierna del marino, haciéndolo caer, y se giró justo cuando alguien disparaba desde la proa. Solo giró un momento para sacar su pistola y descargarla en el vientre del marinero derribado, levantándose mientras veía a la capitana Chameli en el timón, con una expresión feroz en el rostro.

La mujer someshwari observaba los muelles, que eran barridos por una marea de soldados armados con capas negras.

—Lázaro —gritó la capitana—. Busca al muchacho. Necesitamos un rehén.

El marinero que respondía a la llamada era un grumete calvo, con un ojo y demasiado delgado, que corría hacia lo que parecía ser la cabina del capitán. Song lo siguió, rodeando a Tupoc que reía mientras barría con su lanza entre dos marineros con sables cortos. Uno de ellos ahora le faltaba la mayoría de los dientes. El grumete, Lázaro, llegó a la puerta antes que ella y la abrió de un tirón—

Y recibió una silla que se le estrelló en la cara, mientras Tristan gruñía con esfuerzo.

El grumete cayó, y la ladrona de ojos grises parpadeó sorprendida, como si le sorprendiera lo bien que había funcionado. Aunque debería haber sido un prisionero atado y sin tocar todo el tiempo, de alguna forma tenía un moretón enorme en la mejilla y un corte en el cuero cabelludo. Además, ya no estaba amarrado, así que Song dedujo algunas cosas sobre cómo había sido posible.

—Song —dijo—. ¿Qué demonios está pasando?

Por poco no se le escapó, justo a tiempo, al agarrarlo del cuello y lanzar ambos al suelo. La bala le atravesó el abrigo, sintió un destello de calor, pero al rodar apenas sintió sangre. Era una rozadura,

no una herida mortal.

—Mierda —dijo Tristan, ayudándola a levantarse—. Vamos, tenemos que saltar a la...

Con la visión borrosa, ella lo apartó del camino del golpe. El gran marinero de antes, el que había llevado el barril, parecía furioso y— una, dos, tres veces. Una descarga de disparos fue dirigida a la espalda del hombre mientras los soldados con capas negras agitaban la cubierta gritando que todos se arrodillaran. Song obedeció, con la cabeza mareada pero sin casi escuchar, y un latido después, Tristan la siguió.

—Qué demonios —murmuró la ladrona—. Lo logramos.

— Lo hicimos —dijo Song, si detectaba la sorpresa en su voz, era lo suficientemente amable para decirlo—.

—

Al final, solo dos marineros del Palmyra sobrevivieron: el grumete con el ojo perdido y la mujer cuyas dientes Tupoc había hecho trizas.

Ambos fueron encadenados después de ser sacados a la fuerza del barco, con moretones, ensangrentados, y las aves guardianas que los vigilaban los miraban como si fueran plaga. Song ayudó a Tristan a bajar de la carabela, cojeando el ladrón —aunque había decidido que su pierna no estaba rota—, apoyándose en ella. Notaba claramente que el contacto le incomodaba, así que lo dejó junto a Maryam. La mujer de ojos azules ya no vomitaba, aunque en su barbilla aún se veían trazas de bilis, y seguía luciendo mareada.

Los muelles se estaban llenando, vio, mientras algunos prisioneros más eran arrastrados por los tejudos que vestían capuchas negras. Los Cuarenta y Nueve fueron obligados a arrodillarse bajo el templo con columnas que servía como entrada a los muelles, vigilados por guardianes con mosquetes en las manos.

El segundo de Tupoc había informado debidamente a los oficiales de la guarnición que Wen había pedido estar esperando, lo que permitió a Song asegurar la retirada del Jueves y el Cuarto solo con una charla. Estaba demasiado cansada para tratar con Tupoc en ese momento, aunque la cortesía demandaba intentarlo, así que hizo un giro en redondo.

Aún le quedaba una conversación antes del acto final. Maryam había quedado inconsciente y roncaba cuando volvió, el ladrón de ojos grises la vigilaba como un halcón.

—Quizá lo mejor sea que ella duerma en El Prado esta noche —susurró Song—. Nunca la había visto usar Gloam en semejante magnitud.

Tristan miró con cariño a la Izvorica.

— Déjala descansar un poco más —dijo, luego gimió y se estiró—. Nos toca una charla, de todos modos.

Song inclinó la cabeza. No se alejaron mucho, solo a uno de los bancos de piedra cercanos a los muros del muelle. Él se sentó primero, ella dejó un espacio entre ambos al seguir. Por un momento, permanecieron allí en las luces difusas del Orrery, observando las rayas de grabado pálido atravesando la oscuridad lejana.

—Te debo —dijo Tristan de repente y con blunt—. ¿Qué quieres a cambio?

Ella no respondió de inmediato. La tentación era grande de pedirle que se quedara con los del Jueves, pero sabía que era mejor no hacerlo. Pensaba que aceptaría. El sacromontano, a su manera, era implacablemente escrupuloso respecto a las deudas. Lo haría, pero entonces Tristan vería en pertenecer a la brigada una cadena y en ella a ella, una acreedora.

Y no era el tipo de hombre que confiaba en un deudor.

—Quisiera —finalizó Song— que los dos podamos tener una conversación sincera.

El la estudió por un momento.

—¿Seguro que no puede ser otra cosa? —preguntó con tono casi de queja—.

—Segura —respondió Song con sequedad—.

Su diosa se inclinó demasiado cerca de su cabeza, murmurando algo que Song no pudo oír, y pudo ver cómo se le estremecían los músculos de la mejilla en un pequeño gesto de esfuerzo por no reaccionar.

—Adelante —dijo él—. Creo que tengo una conmoción, en realidad, eso equivale a dos tercios de honestidad.

Vaciló, pero solo por un suspiro. Respiración profunda antes de lanzarse.

—Puedo ver a tu diosa —dijo Song—. Y tu contrato.

Él levantó una ceja hacia ella.

—Lo sé —respondió ella.

La diosa de vestido rojo se inclinó demasiado y trató de susurrar algo en el oído de Song. La cercanía era excesivamente familiar, pero saber que en realidad ella no estaba allí ayudaba a que fuera algo más soportable.

“Sin embargo, no puedo oírla,” observó Song.

“Qué suerte tienes,” afirmó Tristan con franqueza.

Sus labios se contrajeron ante la expresión de total furia en el rostro de la diosa vestida de rojo, y la aparente ira que siguió en sus castigos. No que la ligereza fuera a durar mucho tiempo.

“Nunca he oído decir que alguien sea visitado con tanta frecuencia por su dios sin convertirse en un Santo,” dijo ella. “Llevo meses esperando que tú te conviertas, y...”

Frunció el ceño, buscando las palabras adecuadas.

“Ningún otro ha sido visitado así, y tú tampoco,” admitió Song. “Eso casi resulta aún más alarmante. Significa que estás infringiendo las reglas de alguna manera, y no puedo prever las consecuencias.”

El ladrón la miró fijamente, gruñó.

“Ha sido—”

Song levantó una mano para interrumpirlo.

“No necesitas decírmelo,” dijo ella. “No planteo este asunto buscando respuestas tuyas. Me han señalado que no he ganado el derecho a preguntar.”

Él hizo una mueca.

“Puedo entender la preocupación,” dijo Tristan, y ello representaba, en cierto modo, una señal de paz.

Mordisqueó el interior de su mejilla.

“Esto lleva así años,” explicó. “Si hubiera una posibilidad de que me convirtiera en Santo, ya habría sucedido.”

“Es reconfortante escuchar eso,” confesó ella. “Supongo que haber estado expuesta a sus tretas durante años te habrá endurecido un poco.”

Él parpadeó lentamente.

“¿Qué tretas?”

“Sus engaños,” repitió Song, enfatizando las sílabas en Antigua. “¿Es que lo pronuncié mal?”

“Oh, Manes,” musitó Tristan, “no puedes escucharla.”

“Eso no puedo,” confirmó Song, con dudas. De nuevo.

El ladrón la miró directamente a los ojos y puso una mano en su hombro, con expresión grave.

“Song, Fortuna es terrible,” expresó con el corazón en la mano. “Y no lo digo en un sentido oscuro, sino porque es pésima en su existencia.”

Song hizo una pausa. Abrió la boca, luego la cerró. Tragó saliva.

“Ni siquiera podría engañar a un niño para que hagase lo que ella quiere, con un barril entero de dátiles confitados,” dijo Tristan, retirándose la mano. “Ha perdido discusiones con palomas.”

¿Palomas? ¿En plural?

“Así que todo ese parloteo,” se quedó en silencio.

“Hoy, principalmente, se ha quejado de que Hage la prohibió entrar en lo Quimérico y de que debería comprarle a Maryam unas cintas azules que vimos en Templeward,” explicó.

Una pausa.

“Son demasiado caras,” añadió. “No voy a pagar plata por esas.”

Song sintió un mareo leve. La diosa, Fortuna, era solo uno de los problemas que enfrentaban, aunque sin duda uno de los mayores. Una presencia constante que debía fingir no ver, un espectro venenoso que susurraba en su oído, intentando hacer que el ladrón cruzara la línea hacia la santidad.

Enterarse de que había sido derrotada en un debate retórico por al menos dos palomas fue un golpe a su entendimiento de la situación.

Song pasó una mano por su cabello, algo perdida sobre qué decir. ¿Disculparse por nunca haber preguntado? Parecía algo sin sentido cuando ambos sabían que él nunca habría revelado la respuesta. Optó por algo más simple, aunque sin por ello perder verdad.

“Mi dios también es un idiota,” le confió. “Lo comprendo.”

Su rostro quedó quieto, por unos instantes, y para su sorpresa, estalló en una carcajada tan fuerte que resonó a través del agua. La contenía, la apretaba, pero en ese momento sus ojos se encontraron y no pudo evitar que la risa escape de su pecho, lo que hizo que Song se uniera a ella. Cuando ambos lograron recuperar el aliento, sus mejillas ardían y su estómago dolía. Tardaron un tiempo en volver a respirar, sus jadeos siendo el único sonido además del suave roce del mar sobre los muelles.

— Está bien — dijo Tristan de repente. — Está bien.

Su corazón latió con fuerza.

— ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿— preguntó ella.

— No hago promesas sobre cuánto durará — afirmó el ladrón.

— No te he pedido ninguna — respondió Song con serenidad.

Tristan gruñó, demostrando su malestar.

— Ya compré las semillas de zanahoria, sería una tontería no usarlas — argumentó.

— Lo sería — coincidió ella.

Él la miró con semblante severo.

— La ausencia de arrogancia lo hace peor — se quejó.

— No tengo idea de qué hablas — mintió Song Ren.

Esa noche, decidió ella, había sido una velada verdaderamente memorable.

Revision #1

Created 12 June 2026 10:30:13 by Michael Brown

Updated 12 June 2026 10:30:17 by Michael Brown